

Historia del Vicariato de Hunan y sus trastornos desde su fundación hasta el año 1889 por el P. Benito González

COMENTARIO Y TEXTO

POR

TEOFILO APARICIO, O. S. A.

y VII

En Mayo llegó de Filipinas el Rdo. P. Valentín Beovide con título de Vicario Provincial y Procurador de las Misiones, trayendo de compañero al P. Ramón Martín.

En Junio salió el P. José Pons, después de haber hecho entrega de la Procuración al nuevo Procurador, yendo destinado por el Vicario Provincial a Tsenanpin de compañero con el P. Benito.

Este mismo verano el nuevo Vicario Provincial edificó en Jancou una casa, que según relación de los que la han visto, no cede en belleza y regularidad de plan a las mejores de la población.

En Octubre subió dicho P. Vicario a Junan y visitó en su puesto a todos los Misioneros. De vuelta bajaron con él el P. José Pons para compañero de Procurador, mientras el P. Vicario asiste al Capítulo Provincial que se celebra en Manila el 20 de Enero, y el P. Manuel Fernández, enfermo de una enteritis, causada por los extraordinarios calores que sufrió en Semen el verano pasado. Bajando, atravesaron el imponente y extenso lago Tong-ting de Occidente a Oriente (1).

En Noviembre salió a Manila el Rdo. P. Provicario Provincial para asistir al Capítulo Provincial y en su sustitución quedó nombrado interinamente para Procurador y Vicario el Rdo. P. Fr. Ramón Martín.

Vengamos ahora a la historia de Semen, y del Padre Luis a quien dejamos en aquella ciudad en Febrero de 1886. Allá por el mes de Octubre del año anterior, al ver que los asuntos tomaban tan buen rumbo, debido a las negociaciones del Sr. Salcedo, el P. Agustín de acuerdo con él determinó comprar una casa en la ciudad; mas el mandarín se opuso tenazmente y por entonces no consiguieron su intento. Ya para aquella fecha sabía el mandarín que dejando a España habíamos recurrido a Francia a sacar pasaportes.

En Febrero del año siguiente el muchacho del Padre Luis, aprovechando la ocasión de la ausencia de éste (estaba todavía en Tsenanpin, y el P. Agustín, que esté en gloria, bojaba a Jancou), se dió maña e hizo la compra sin que el mandarín lo supiera, dando de mano al vendedor unos doscientos pesos. El vendedor, visto que hubo en su mono ese dinero, huyó lejos de allí adonde no pudiese ser encontrado. Después el P. Luis

(1) A orillas de éste hermoso lago caería, víctima del odio comunista chino, el P. Abilio Gallego, el 22 de agosto de 1933, por lo que con toda verdad se le ha llamado «*El Mártir del Tung-ting*».

entregó la nueva escritura en la oficina del tribunal para que la sellaran y el sellador se quedó con ella. Entonces el P. Luis acordó con los literatos, que parece alegaban no sé qué títulos de pertenecerles la casa, y le entregaron un papel de opignoración que tenían en su poder, en virtud del cual cedían al Misionero todos los derechos que pudieran tener sobre ella. Pero el mandarín, que no dormía, mandó abonados por todas partes, quienes cogieron al vendedor, oculto mucho tiempo había, y dándole palabra de no maltratarle y de defenderle contra las reclamaciones del Padre, hizo otra escritura de venta de la misma casa. Las cosas poco a poco se fueron empeorando de tal suerte que, por Octubre, el Padre Luis, por evitar mayores males, salió de la ciudad y se fué a pasar a Sase la temporada *de exámenes*, volviendo otra vez a fines de año.

Más tarde el P. Luis recobró del timbrador las primeras escrituras, bien que sin sellar, y se compuso con los nuevos compradores, quedando casi pacíficamente en posesión de la casa hasta el mes de Abril de 1888, en que el mandarín celebró un nuevo cónclave con los literatos y trató de expulsar al Padre devolviéndole el dinero.

Sucedía todo esto en ocasión en que el P. Provicario bajaba a Jancou con intención manifiesta de llegar hasta Pequín: y aprovechando tal coyuntura, llevó las escrituras de dicha compra, y en Jancou las presentó al cónsul ruso-francés pidiéndole exigiera de las autoridades chinas que las sellaran. El cónsul entró en negociaciones que duran hasta hoy sin haber conseguido nada.

Nuevamente el mandarín de Semen que acaba de llegar (Diciembre del 88) ha celebrado un nuevo conciliábulo pidiendo cuenta a los literatos de cómo habían permitido al europeo radicarse entre ellos; que en su jurisdicción no había más que un pueblo mandarín. Y lla-

mando así a los mismos Padres (1), los exhortó a que fueran a los montes donde tienen propiedades (2). Que allí en la ciudad nada tienen que ver. Esperemos y veremos en qué para.

También el P. Celedonio con autorización del Padre Provicario tomó en Tsenanpin una casa empeñada en el precio de 450 tiaos (unos 430 \$). La casa tiene todas las peores condiciones que se pueden creer ni imaginar. Sus materiales son de madera de pino carcomida y hueca y amenazando ruina por los hormigueros de anay que en su corazón se anidan: sólo tiene buena teja y unos cuantos ladrillos. El solar está cabado en una roca de donde sale manantial perpetuo, y detrás tocando con la casa se empina un monte, altísimo y casi vertical que parece está desafiando a las nubes; y en lo más alto de él hay muchos peñascos movedizos que, impelidos por una mano vengativa, se podrían fácilmente desgajar y hundir la casa con sus moradores: el frontispicio y la puerta principal como también las dos laterales se encaran de frente contra el norte de modo que tres o cuatro meses en el invierno no la toca un rayo de sol: las humedades por ende son extremas, y como si lo dicho fuera todavía poco, los límites a tres vientos son las mismas paredes en que estriba la casa, y al alquilon el río; de suerte que no hay un palmo de tierra donde poder tomar algún esparcimiento. Y con ser tan mala, el amo pide todavía sobre lo dado más de mil duros, cuando el año pasado con otros doscientos más se hubiera dado por satisfecho.

Resta sólo decir dos palabras de los PP. Chinos para terminar esta ya larga y empalagosa memoria.

(1) Cuando sucedían estas cosas se encontraba en compañía del P. Luis el Provicario Apostólico.

(2) El mandarín se refería a la casa que ya poseían nuestros misioneros en Sesuetien, pueblo encajado entre montañas, y un tanto alejado de las populosas ciudades de Semen, Litchow, Changteh y Yochow.

Ordenado el discípulo de los PP. Jesuítas, Matías Tchang, que tal es su nombre de pila (1), por Pascua de Resurrección de 1885, permaneció en Jancou ejercitándose en las Sagradas Rúbricas hasta mediados del mes de Julio, que salió a la Misión con el P. Luis. En el mes de Noviembre se juntó en Tsenanpin al P. Provicario, a quien acompañó también a Litchou en la primera tentativa que hizo en Enero de 1886. Al salir el Provicario a Semen, engañado por el mandarín, le dió permiso para ir a Sanjai a visitar a su familia a quien no había visto hacía ya seis años, y permanecer un mes entre sus parientes.

En Abril volvió de Sanjai, y sin detenerse apenas en Jancou, subió otra vez a la Misión, encontrándose en Sase con el P. Benito que bajaba después de los tristes sucesos de Caichichao. En Tsenanpin se encontró con el P. Luis, quien como superior interino le ordenó fuese a Jofu a visitar aquella pequeña cristiandad que no había visto Misionero desde la última vez que de allí se separó el difunto P. Elías; y a ser posible, se quedase entre ellos instruyéndoles en la doctrina cristiana y demás prácticas religiosas que tenían olvidadas casi por completo (2).

(1) El P. Matías Chang, primicia misionero-sacerdotal de nuestro Vicariato de Hunan, nació en la provincia de Chang-nang, cercana a Sanghai. Muy joven todavía y por las circunstancias que acabamos de ver ingresó en el seminario de PP. Jesuítas. Años adelante, se hizo Agustino, siendo desde aquel día «el bálsamo consolador para las acrisóladas cristiandades asaz martirizadas por las hordas comunistas», permaneciendo siempre al lado de sus fieles, en tanto que los demás misioneros tenían que retirarse a lugar seguro. Y los fieles de Semen, Fuen-Siang, Chanteh y otros centros misionales nos pueden hablar del celo que desplegó este buen sacerdote indígena por convertir a sus coterráneos, budistas y confucionistas, al Reino de la Luz. Después de la trágica muerte del P. Luis Pérez y Benito González y La Paz, fué elegido para director del Orfanatrofio de Litchow. Murió a los 81 años de edad, en la mañana del 26 de febrero de 1931.

(2) El P. Benito trae a continuación la nota siguiente: «Era tan grande

Fué allá el dicho P. Matías como se le había ordenado, y encontrando entre ellos algunas prácticas que no estaban muy conformes con los dogmas de nuestra Santa Fe, llevado de su nuevo celo, apartó de los Santos Sacramentos a algunos que no querían corregirse, y suscitó con eso una especie de cisma, por prohibir en el sentir de ellos, lo que otros Misioneros habían por lo menos tolerado.

El caso era de los comerciantes paganos que tenían alquilada muchos años había la casa de unos cristianos y comodada (permítase el vocablo) la servidumbre de los mismos cristianos. En tiempo de otros Misioneros, según exponía nuestro Padre indígena, estaba exceptuado el servicio para actos supersticiosos, y en lugar más digno de la casa se mostraban las insignias de nuestra inmaculada Religión; pero de presente la servidumbre de los cristianos se extendía a todo lo que querían los comerciantes, salvos todavía aquellos actos que *per se* son idolátricos, como las postraciones ante el ídolo, etc., y en lugar más patente ya no se exponían las insignias características de la Santa Cruz, sino las inmundas y extravagantes figuras de la idolatría.

El Padre consiguió que echaran a dichos comerciantes de la casa; pero otra familia cristiana los recibió en la suya por la crecida pensión que anualmente percibía

el temor en que desde los años anteriores vivían estos cristianos que pasando por allí el P. Benito en 1885 cuando bajaba de Sesuetien, y tratando de visitarlos, se estremecieron al oírlo, y no se presentó al Padre sino uno solo en nombre de todos, y a la media noche, y para suplicarle desistiese de su propósito, porque era tal la saña de los paganos contra nosotros, que para poder el catequista reparar un poco la casa en que vivía, le obligaron a firmar un escrito jurando que no había de traer allí a ningún europeo. Este cristiano no hablaría con el Padre más allá de media hora, y con ser la hora que era y a bordo, hablaba todavía como en confesión temiendo no se percibiese de ello la gente que había en las barcas vecinas». (Memorias, 107-8).

la primera, y que, según cuentan, no bajaría de mil pesos; y con esto creció el escándalo. El Padre, al ver que cristianos y paganos murmuraban de su conducta, por haber arruinado a la más poderosa familia cristiana de Jofu y de todo nuestro Vicariato, adonde el Misionero iba a parar siempre cuando venía de visita, hizo esfuerzos singulares para levantarla, poniendo en juego cuantos medios le sugerían el amor del prójimo y el suyo propio: (les arrendó parte de la casa en cincuenta tíaos anuales, les adelantó el precio del alquiler de dos años, les prestó cien tíaos más para tratar en maderas, les dió del dinero de su bolsillo que había recibido de sus parientes la cantidad que él sabe, les paga un tanco diario por la manutención de él y de sus muchachos, y de un maestro hijo de la casa y de siete niños a quien éste enseña la doctrina. Y con esto excitó las envidias de los otros cristianos, y queriendo remediar un mal, atrajo sobre sí otro mayor, de modo que salvo la familia favorecida no hay uno siquiera que le alabe. Quizá al principio con un poco de táctica y paciencia hubiera conseguido extirpar lo que había de superstición dejando a cada cual, incluso los comerciantes, en el puesto que le había encontrado; porque la familia aquella como todos los cristianos de allí, aunque tibios, tienen de muy antiguo arraigada en su pecho la fe y oyen con sumisión las amonestaciones del Misionero.

Vino a extremar el cáliz de dolor del P. Chino una carta que por Febrero de 1887 escribieron de Semen los Padres Saturnino y Luis al mandarín de Santefu, «exponiendo que en tiempos antiguos la Iglesia poseía extramuros de la ciudad en el barrio que llaman de Chaicátsé un terreno considerable con una buena casa; que aquél había sido de tal modo transformado por las continuas avenidas, que hoy apenas quedaba una tercera parte; y de ésta no se ve en el día sino el solar lleno de escombros. Suplicamos, pues, al mandarín se digne per-

mitirnos volver a reedificar allí y poner un dique a las aguas para poder conservar lo poco que queda».

Con esta carta excitaron de nuevo las iras del mandarín y pusieron otra vez en aprieto a los cristianos; los cuales temerosos de que se repitieran otra vez las escenas de los años anteriores, indujeron al Misionero a que se ausentara de allí como lo hizo, pasándose a morar a un punto cercano, que es de la jurisdicción de Taoyuen, donde arrendó otra casa. Después han cesado aquellos rumores y el Padre ha podido volver; pero vive continuamente escondido sin atreverse apenas a salir a la calle. Veamos lo que él mismo escribía al P. Benito por Junio de 1887. «Die tertia Maji profectus sum ad Yuenchang, ibique mansi per quadraginta dies (cuida también de los cristianos que hay en Yuenchang); Multi venerunt ad loquendum legendosque libros, quibus lectis, confessi sunt se nescisse Ecclesiam esse tan bonam, voluntque eorum non pauci converti: in presenti tamen non audent propter quoestionem territorii... Uno verbo, nisi recuperetur territorium istud Yuenchang (el que junto con una casa había comprado el P. Elías) et Sante (el antiguo de la Iglesia situado en Chacaitse) si vel manere possim Deo gratias, praedicatio non haber effectum; quippe boni qui volunt converti, timente, et mali magis soeviunt. Quapropter si Reverendissimus Provincialis (habla del Visitador General), unica spes nostra in terris, laborat pro quaestione Litchou, oportet ut simul recuperet territorium Yuenchang et Sante: mandarínus enim Sante in suo responso ad Provicarium (habla de la contestación del mandarín a la carta de los Padres arriba citados), negat esse locum nostrum».

«Ego in ista parte tanquam filius orbatus et derelictus inter tristitiam timoremque duco vitam; nan supra Superiores habent me tanquam prodigum, et si quid mihi acciderit, nemo credo de me curabit, ut ait P. Aloysius in sua epistola, quando agitur de quaestione hoc

anno excitata per epistolam quam ipsi scripserunt manadarino; infra christiani habent me tanquam avarum vel non tan largientem quam bonae memoriae P. Elias, et quaestione in medio derelicta, venire me putant, non ad praedicandum sed ad molestandum; et demum pagani omni tempore, omni loco, omnibusque modis mihi insidias parant existimantes me tanquam exploratorem europeum» (1).

Ultimamente se juntó a nosotros otro sacerdote indígena, no sé si para compartir con nosotros la carga de la cruz o para aumentar su peso. Es natural de Junan y del punto casi más central de nuestro Vicariato. De niño aun cayó en manos de los ralistas o defensores de la precedente dinastía cuando hace unos treinta años paseaban sus armas victoriosas por gran parte del Imperio, y deportado a la provincia de Yuin-nan, donde otra vez le abandonaron. Privado de todo humano auxilio anduvo errante algunos días, hasta dar con un cristiano que conocida su procedencia, le condujo a presencia del señor Obispo. Este, vista sus buenas prendas, le puso en el Seminario donde con mucho aprovechamiento cursó sus estudios eclesiásticos y se ordenó de sacerdote. Hará como unos siete años el hoy difunto Padre Elías escribió a aquel Ilmo. Sr. Vicario Apostólico suplicándole se dignara cederle a nuestra Misión. Pero su Ilustrísima contestó sin andarse con rodeos que era uno de sus mejores Misioneros, y que había hecho grandes sacrificios para ponerle en el estado en que se encontraba, que no era razón privarse de él precisamente cuando podía prestar los mayores servicios.

(1) Esta carta, escrita en un latín correcto, deja ver bien a las claras, por un lado el desaliento y postración de ánimo en que había caído el sacerdote indígena ante las dificultades que se le echaron encima como un fardo aplastante, y por otro la falta de experiencia en el trato con los fieles y en el manejo de sus asuntos materiales, lo que le restaba mucho de su labor primera: la espiritual.

En Noviembre de 1887 llegó a su pueblo natal (cerca de Sentchoufu), y de allí escribió al Rdo. P. Provicario de nuestra Misión mandando adjuntas las testimoniales que traía de su Ilustrísimo Vicario. Venía suspendido «a divinis», parece que por llevar una vida poco limpia y conforme con el estado que abrazó, y aquel señor Obispo entre otras cosas dice de él que es *homo versutissimus*, y que *valde scit decipere*, que él no le volverá o recibir *in oeternum*. Esto en carta, que las testimoniales secretas de este Ilustrísimo Señor el que escribe esto no las ha visto.

Dos o tres meses que permaneció entre sus parientes antes de presentarse parece que ha convertido a tres o cuatro de ellos; los cuales en el pasado otoño han experimentado ya en sus bienes y en sus mismas personas lo que significa llevar la cruz de Jesucristo. Dos hermanas que tiene viudas han perdido cuanto tenían, y una de ellas allende eso, la tuvieron dos días suspendida de un árbol por los dedos de la mano, de modo que se le han descajado casi todos, y hoy se halla impedida para seguir ejerciendo el oficio de bordadora con que ganaba la vida.

El viernes de la semana de Pasión del año 1888, se presentó en Semen el mismo día que habían llegado allí de Jancou los PP. Benito y Manuel. El día de Pascua por guardar aquí su buen nombre, se le habilitó para celebrar. En compañía de los PP. Luis y Manuel ha permanecido hasta el Noviembre último que salió para Sentchoufu a pedir justicia al mandarín por sus perseguidos parientes. El resultado que tendrá su expedición aún es incierto.

RESUMEN.—Nuestra situación es por manera triste, como lo ha sido desde el principio y lo será hasta saber Dios cuándo, a juzgar por los elementos de que disponemos. Dos veces con buen éxito ha sacado España la cara por nosotros, ninguna Francia. Hemos pa-

decido cuatro o cinco persecuciones a cual más crudas, o más bien una persecución continuada, y lo que más es de llorar, excitada casi siempre por alguna imprudencia de los cristianos, cuando no por nuestra misma experiencia y poco seso. Donde quiera que hemos tratado de radicarnos, hemos sucumbido y traído la desgracia de cuantas familias se han mostrado adictas a nuestra causa; tanto que para los mismos cristianos hemos caído ya en proverbio, y por boca de todos somos tildados de que no venimos a predicar, sino a molestar; no a plantar, ni siquiera a conservar, sino a destruir lo que otros a costa de sudores y sangre habían plantado. Esto sin hacer mención de las torturas cárceles y azotes y otros géneros de tormentos; y de la vida de tres Misioneros consumida en la lucha; y de las crecidas sumas que con tan poco fruto se han prodigado. ¿Qué se necesita, pues, aquí? (1).

APENDICE

Año de 1889. Cuando se fechaba la precedente Memoria, millares de junaneses descendían al sepulcro víctimas de una peste maligna que cundió haciendo estragos por casi todo nuestro Vicariato. Dióse la voz de alarma poco más arriba de Sentchofu, ofreciéndose la rara coincidencia de pasar al mismo tiempo algunos barcos cargados de maquinaria para unas minas de la provincia de Cuetchou y de hallarse allí a la sazón el sacerdote indígena P. Matías, que por primera vez había ido a visitar a la familia del otro P. chino venido de Yuinnan. A esta voz de alarma dada en mal hora por

(1) De este modo, y con esta interrogante, preñada de significado y de misterio, termina su relato el P. Benito González. Poco después, añadía un apéndice a lo escrito, que transcribimos con la seguridad que nos lo agradecerán nuestros lectores.

un sectario ayunante de cabellera larga, la población se levantó con frenesí, y capitaneada por el dicho puritano se dirige hacia el río, y en pocos momentos hace añicos los barcos, dando con la maquinaria en el profundo. Después se encamina a casa de la referida familia y comete los excesos que ya quedan referidos. El P. Matías se puso en salvo pasando el río y volviendo apresuradamente a su residencia de Jofu. Luego para tener alguna excusa con que salir impunes de tales atentados, se apoderan de un ambulante mercader de medicinas, a quien culpan de haber envenenado las aguas con las medicinas que le habían dado los europeos. Probablemente no había visto jamás a un europeo; pero el pueblo exigía de él tal confesión, y él, puesto ya en la horca y en el momento de expirar, satisfizo a su soberana voluntad.

Dos meses después (por año nuevo) en Jofu y en Semen y en Tsenanpin y en Sesueitien y en todos los puntos donde habían visto o conocido u oído hablar siquiera de europeos, contaban casos de coletas cortadas y mujeres cortados los pechos y niños sin su sexo (sic) o gallinas desplumadas, cuyo picotazo o rasguño o el toque solo de su sombra causaban muertes repentinas y violentas; atribuído todo a los europeos que se multiplicaban y se hacían invisibles, y entraban en las casas a puerta cerrada con otras extrañas e inimaginables fábulas.

En Tsenanpin llegó a tanto la confusión que de las aldeas vecinas vinieron más de una vez innumerable gente con todas las insignias de sus supercherías y con ánimo decidido de acabar de una vez con el europeo y su morada; y la confusión se prolongaba días y más días y meses enteros hasta llegar a propalar por todas partes la nueva de que había sido dado el asalto y al europeo le habían arrojado ignominiosamente, y escribir el mismo P. Celedonio desde Sesueitien preguntando lo que había de cierto, y venir cristianos emisarios de Jupe a

ver el destrozo. Pero nos libró Dios de todos los peligros, moviendo a los mismos naturales de la villa de Tsenanpin para que saliesen en nuestra defensa y reprimieran el ímpetu de los que venían de fuera; contándose como cosa muy singular que en tales circunstancias no hubiese ni un solo enemigo nuestro en toda la población.

También en Semen hablaban mal, muy mal de nosotros, y aunque las cosas por entonces no llegaron a tanto como en Tsenanpin; pero el mandarín aprovechaba esta coyuntura y predisposición del pueblo para hacernos más odiosos entre sus súbditos. Escribía el Padre Luis a Tsenanpin por aquellos días: «En cuanto a lo de aquí no hay más remedio que apurar el cáliz hasta las heces, si Dios así lo dispone. El mandarín ha dicho a los literatos que reúnan el precio de la casa para devolvérselo; y a nosotros nos aconseja que cedamos y vayamos a vivir a esas residencias de los montes, de lo contrario que habrá revueltas y atropellos para los exámenes, sino antes. Deus providebit».

Por el párrafo transcrito se ve que el P. Luis que residía solo en Semen, como era natural, pasaba los días llenos de zozobra, presintiendo el fatal golpe que había de acabar con nuestra Misión si con tiempo no se atajaba el mal. Para ver de atajarle, subió a Tsenanpin pasado el año nuevo chínico, a consultar con los otros Padres sobre los medios que se debían tomar.

Reuniéronse, pues, en Tsenanpin del 6 al 10 de Febrero los PP. Provicario, Luis, Benito y Celedonio, y después de varias discusiones determinaron ser necesario ir uno a Pequín a dar a Francia el ultimatum, por decirlo así, y no volver de allí hasta no revolver de una vez la cuestión de los pasaportes y las causas que había pendientes, obteniendo alguna seguridad para poder predicar el Evangelio en nuestro Vicariato; y en último resultado, si de las autoridades francesas, como se temía,

no podíamos conseguir nada, acudir a la Legación española. Se dijo también ser conveniente informar a Nuestro Reverendísimo (1) sobre el estado en que nos hallábamos, y suplicarle trabajara porque de Madrid nos mandasen a Pequín un buen representante de España. El nombramiento para ir a Pequín recayó en el P. José Pons.

A fines del mismo mes de Febrero escribían de Jancou que Alemania e Italia habían tomado por suya la protección de sus respectivos Misioneros; que de Francia nada podíamos ya esperar, porque China le había pasado una nota diplomática, votando de no oír en adelante reclamación alguna hecha en favor de Misioneros que no fuesen franceses: en fin, que en todos los periódicos se leía lo mismo, y en prueba mandaban un recorte del «Siglo Futuro», donde realmente se leía lo de Italia y Alemania. De suerte que el mismo P. Luis al tener noticia de todo, nos escribía desde Semen: «Ahora ya me explico yo muchas cosas que antes no me podía explicar.»

Tales noticias nos movieron en Tsenanpin a tomar otra novísima resolución. Temerosos de que D. Tiburcio desoyese nuestras peticiones si nos veíamos en la necesidad de acudir a él, para ganar tiempo y ver si se podía (2) librar la casa de Semen de la destrucción que se temía en los exámenes, ideamos el P. Provicario y el que esto escribe (los otros Padres ya se habían vuelto a sus residencias), dirigirnos al Cónsul General de Emuy pidiéndole confirmase en Cónsul español de Jancou al inglés, como lo había hecho el Sr. Salcedo; y si él contestaba favorablemente, que nuestro Procurador de Jancou se presentara al Inglés y le pidiese pasaportes inte-

(1) Al Comisario General de España, Rvmo. P. Fr. Manuel Díez González.

(2) Entendemos que sea una equivocación, y que haya querido decirnos «para ganar tiempo y ver si se podía librar la casa. . . » etc.

rinos, como se había hecho en tiempo de su antecesor, y luego de darlos que entablara con él relaciones a nombre de España. Escribió el P. Provicario *incontinenti* la carta para el Cónsul General, y al propio tiempo sacó copia para mandarla al P. Pons, advirtiéndole además que le escribiera él mismo y entablara relaciones, y si se presentaba bien, que se dejase por completo de Francia. El P. Benito a su vez escribía al dicho P. Pons dándole pormenores de cuanto se había tratado en dicha conferencia, y la carta la remitía abierta, para que la leyera el P. Procurador de Jancou, y la mandaba con todas las otras por medio de un propio el día 31 de Marzo. Pero resultó que el propio no salió aquel día por causa de la lluvia; y al día siguiente, ocurriéndosele al P. Provicario no sé que duda, mandó traer de nuevo las cartas y se encerró con ellas algunos momentos en su habitación, de donde poco después las sacó cerradas otra vez para entregarlas al mismo propio. Lo que hizo con ellas no se sabe; pero lo que se supone es que algunas se le hayan quedado olvidadas, o por creerlas importunas, arrepentido de ellas las haya vuelto a retirar; porque el P. Pons ni el Procurador de Jancou supieron nada de lo últimamente convenido, recibándose en Jancou sólo la carta cerrada que iba para el Cónsul General de Emuy.

El propio que llevaba estas cartas salió de Tsenanpin el día 2 de Abril y el 4 salió el P. Benito para Monchachi, persuadido de que nadie mentaría más a Francia para nada.

El 24 del mismo mes se ponía también en camino el P. Luis para Jancou, siguiendo el consejo de algunos que le aseguraban poder, ausente él, conjurar la tempestad que amenazaba. Consejo tenido como errado por muchos que juzgan más acertado el sostenerse en el puesto hasta el último trance, aunque sea con peligro de la misma vida; porque una vez abandonado el puesto,

es poco menos que imposible el volver a ocuparle, como le sucedió al P. Benito en Caichichao. El 12 de Mayo llegó a Jancou y por lo visto tampoco sabía nada de lo últimamente convenido.

El 18 ó 19 de Abril llegó a Jancou la contestación del Cónsul de Emuy; pero el P. Procurador, como no sabía nada, no se presentó al Inglés, ni mentó lo de los pasaportes.

El día 3 de Mayo cuando los examinados habían entrado ya en las aulas, de donde, según regla muy antigua, no se les permite salir sino después de los exámenes, y por ende, cuando se creía ya conjurado el mal que amenazaba, a deshora salieron de su encierro, y siguiendo a pie derecho hasta la iglesia, la destruyeron mandando al fuego (según unos, y según otros yendo a parar a las salas del tribunal) cuantos muebles había dentro, y dejando las columnas solas levantadas en medio de un montón de escombros. A un muchacho que era tenido por el principal le apalearon cruelmente, y herido, le arrojaron a lo más hondo del río para que sirviese de pasto a los peces, siendo salvado por unas lavanderas cuando arrastrado por la corriente algunos pasos más abajo, se zambullía agonizante en medio de las aguas. Hay quien asegura que salían ya de la iglesia los estudiantes con la demás gente, en tono arrogante, sí, pero sin haber cometido desmán alguno, cuando otro muchacho, más arrogante que ellos, los excitó con su estilo bravo y atrevido, lejos de contenerlos como él se lo pensaba.

(Del 8 al 10 el P. Provicario desde Tsenanpin mandó un propio a Jancou, que con pasar tocando con la vivienda de Jupe en donde a la sazón se hallaba el Padre Benito, pasó a escondidas y sin presentarse a dicho Padre. Por este propio sin duda fué por quien envió una carta que el P. Provicario escribió al Excmo. Sr. de Onís, encargado de la Legación Española de Pequin, a

la cual refiriéndose el P. Pons con fecha 7 de Junio decía: «El Sr. Onís encargado de la Legación Española, está muy satisfecho por una carta que le escribió el Padre Provicario: tenía fecha de 6 de Mayo. Nada absolutamente sabía de ella como ni de nada que ahí hacen, porque ha ya dos meses y siete días que he llegado a Pequín, y ni una sola carta he recibido del P. Provicario»).

El 21 del mismo mes sucedía el destrozo de Sesueitien a la media noche, donde fueron apaleados todos los de casa y las cosas robadas por completo, y los tabiques destruídos, huyendo el P. Celedonio y escapándose de entre las manos de sus verdugos como milagrosamente.

El 22 huyó también el P. Provicario a la primera cristiandad del Vicariato vecino, temiendo no hicieran otro tanto en Tsenanpin. En aquella cristiandad se halló con el P. Celedonio, que se había refugiado allí, quien le persuadió de la necesidad de presentarse en Semen a pedir justicia al mandarín.

Desde Semen, con fecha 31, escribía al P. Luis con una adjunta para el cónsul inglés, lamentándose en ella de que dicho Padre sin consetimiento de su Superior se hubiese presentado todavía al cónsul francés a reclamar por lo de Semen. Al P. Luis entre otras cosas le decía: «Realmente he sentido sobremanera la determinación de V. en acudir al cónsul ruso-francés, quien ha trabajado con empeño, es cierto, pero sin resultado, eso cuando las cosas nuestras estaban mejor y las cuestiones políticas no estaban tan adelantadas. ¿Qué podremos esperar de él ahora que las dificultades son sin cuento mayores y que China ha resuelto ya la cuestión del protectorado y de no hacer caso de Francia por súbditos que no sean franceses? Después de haber escrito ya al Cónsul General español, y éste comisionado inmediatamente al inglés de Jancou el cual también escribió sin demora alguna en nuestro favor al virrey, y habiendo

escrito repetidas veces el P. Pons que nada absolutamente podíamos esperar de Francia, todo lo cual sabía bien el P. Manuel, y yo se lo escribí a V. me pareció que ya no pensarían siquiera en Francia, y en esa persuasión vine a Semen a reclamar por lo de Sesueitien y al mismo tiempo urgir por lo de aquí. Desde que llegó la Comunicación del Cónsul inglés dicen por aquí que el mandarín temía, y si dicha comunicación hubiera llegado a tiempo, acaso no hubiese sucedido nada; pero llegó el 8, cuando la destrucción estaba ya hecha. Yo esperaba con ansia carta de Vd. y noticias del Inglés, con lo cual creía poder resistir y aun triunfar; pero ahora me parece inútil cuanto hagamos, porque es como azotar al viento... Si quieren conseguir algo, preciso es convencerse de que sólo por medio del cónsul inglés-español se podría conseguir. Pruebas hay más que suficientes, y pensar en Francia, es acelerar la ruina... De Francia, es decir de los malhadados pasaportes franceses nos viene originariamente todo lo que hemos sufrido y sufrimos. ¡Mal aconsejado de mí, en qué mala hora he dado yo ese paso! Lo conozco y lo confieso, pero ya es tarde.»

A estas cartas en parte dió motivo el P. Benito con una que dirigió al P. Provicario quejándose del P. Luis por haber éste, no obstante lo antes determinado, recurrido al cónsul ruso-francés; y aun después de haber contestado favorablemente el Cónsul General de Emuy y cuando esperábamos ya nada menos que los pasaportes provisionales del inglés.

El P. Luis, a pesar de lo que iba contra sí mismo entregó la que iba para el cónsul inglés, y éste enteró al ruso francés de todo su contenido, y el francés lo comunicó por oficio a su Ministro, y el Ministro al gobierno de Francia para que lo trasmitiese a su embajador en Roma. De modo que si nuestra fama delante de Francia andaba arrastrando por los suelos, después de eso no sé qué pies le quedarán para levantarse. Aunque todo eso

a decir verdad, es de muy poca transcendencia, porque nuestra salvación no creo que nos haya de venir de Francia con ello ni sin ello.

La víspera de Pentecostés (8 de Junio) llegó a Semen un Delegado de Tchansa (capital de Junan) pedido por el P. Luis al cónsul ruso-francés; pero antes de salir de dicha capital ya había convenido con aquel provirey (sic) y demás autoridades en lo que había de hacer, y era, según secretos informes recibidos del tribunal de Litchou, marear al europeo y obligarle a retirarse.

El 18 llegó a Semen el P. Luis, pedido por el mismo Delegado que no quería tratar la cuestión sino con él y no con el P. Provicario. El veinti tantos subió de Litchou otro delegado debido a una comunicación que recibieron en aquel tribunal firmada por los dos cónsules francés e inglés, los cuales se unieron para protegernos el uno como a Misioneros y el otro como a españoles; pero el inglés entonces se lamentó de que no tuviésemos pasaportes de España, y dijo que sin ellos él en poco podía ayudarnos. Desde esta fecha no nos hemos presentado ni al cónsul francés ni al inglés para nada.

Con fecha 1.º de Julio escribía el P. Luis: «Mi querido Benito: después de esperar aquí quince días nada se ha obtenido, más que buenas palabras y escritos prometiéndonos la indemnización de las pérdidas sufridas. Concédennos, además, que compremos casa separada de la Ciudad (media legua) 5 ó 6 lis, anunciándolo al mandarín antes de hacer la escritura el vendedor y comprador. Respondémosle que en cuanto a lo de fuera de la ciudad puede pasar, pero que no admitimos señalamientos de distancias, y exigimos un caose (edicto) para que el pueblo lo sepa y se presenten vendedores. A esto se niegan ellos diciendo que el caose conmoería el pueblo contra nosotros, y nosotros le contestamos que, si no quieren dar caose para facilitar la compra, nos den la antigua casa reedificada. En esto están y estamos dete-

nidos. Hoy tienen los literatos de la jurisdicción reunión magna para resolver si nos han de pagar o no la casa, o si han de levantar o no el pueblo como en Litchou para echarnos. No sé lo que resolverán.»

Y con fecha del mismo mes: «Los asuntos de aquí se van prolongando sin determinar nada después de tres meses que sucedió la destrucción y dos meses casi que llegó el Delegado. Estamos con proposiciones todos los días, pero cuando se debía terminar algo, se vuelven dificultades por parte de estos mandarines que quisieran no concedernos nada.»

El día 26 subió otra vez a Tsenenpin el P. Provicario, quedándose solo el P. Luis en la Ciudad; y el 31 el P. Benito salió para Jancou por insinuación de los otros Padres, y porque temía el Sr. Obispo Benjamín que el fuego de la persecución se pasase también a Jupe.

El 18 de Agosto el P. Celedonio escribe al P. Luis diciéndole: «Es tanto y de tal mal género lo que aquí dicen, que me veo obligado a escribirle para ver si se puede impedir el que vuelvan a hacer otra en estos montes: por aquí no se oye otra cosa más que van a volver; y es tanto lo que amenazan, que los cristianos están fuera de sí, algunos ya dejaron los terrenos y sólo esperan a ver si pueden recoger la cosecha para irse a Jupe; otros no saben qué hacer y todos creen que van a ser medio mártires si esto continúa así. La causa de que aquí amenazan no es otra más que ver que el mandarín no ha castigado más que con unos cientos de palos a los ladrones; todos creían que cortarían la cabeza a los más principales por lo menos, y como hasta ahora nada haya hecho, de ahí que digan que no hay cuidado ni hay que temer en destruir la iglesia porque el mandarín y los estudiantes todos desean que aquí imiten ellos su ejemplo y desechan al europeo y a todos los cristianos para siempre: por otra parte como ven que ahí el mandarín indirectamente impide que ahí se compre casa, y

que los del *nan siang* (el sur del río) levantaron *tuan* (somatenes) para pedir al mandarín que de ninguna manera permitiría que el europeo comprase en aquella parte, de ahí que los de aquí que todo lo saben, hablen con tanta soberbia y arrogancia. Yo como no sé si son solas palabras o hay algo más, porque no me sucediera lo de antes recogí el altar y mis cosas, y las puse en casa de la familia N. el día siguiente de la Asunción de la Virgen. Es pues preciso que ahí den cuenta al mandarín del peligro en que está esto, que pida el castigo de los ladrones y que dé un *caq-se* fuerte y bien escrito para contener a estas gentes... De ninguna manera acceda al deseo del mandarín de dar por terminado esto, antes dígame V. que por su culpa está esto cada día peor.»

Y el mismo P. Luis con fecha 23 añade: «Los mandarines de la carrera desde el Gobernador general de la Provincia hasta los más pequeños de aquí, que se fingen amigos, todos exhortan a la paz con los literatos y con el pueblo lo cual se conseguirá, añaden, comprando fuera de la ciudad y cediendo la casa destruida a los literatos, único medio de que paguen los 1.020 tiao que costó, pues el mandarín solo no puede pagarlo todo, ni es posible reedificar la antigua casa sin mayores disturbios. Los borlados, por otra parte, formaban conciliábulos, y llenando las calles de pasquines injuriosos, invitaban al pueblo al asesinato y a arrojarnos de toda la jurisdicción; de aquí que al pretender hacer la compra al otro lado del río, y a pesar de los edictos del mandarín y comisionado, se levantaron en somatenes estrepitosos a impedirlo, clamando y vociferando: ¡Afuera el europeo! ¡Asesinar al europeo! El comisionado de miedo o de rabia porque se creyó vilipendiado, se escapó a dar cuenta al *Jutai* (Gobernador Gral.) contentándose con decirnos, que el mandarín con los literatos pacíficos y racionales proveerían de comprarnos casa en las afueras. Apelé al mandarín de Litchou también comisiona-

do *ad hoc* por el Gobernador General, y me contestó lo mismo que el anterior añadiendo que no era necesario dar cuenta a Hancow porque el asunto se arreglaría pronto. El mandarín mientras tanto y los literatos de la ciudad me proponían dos sitios que rechacé por ser peores y estar más distantes que otro que nos habían ofrecido cercano, pero también tras de un monte como los otros. Entonces el mandarín despechado con la negativa se marchó a Litchou diciendo que él no podía arreglar nuestros negocios, que no quería mandarínato, ni borla, etc. y viendo esto el muchacho le propuso el sitio indicado como único y último remedio; respondió que lo tratásemos con el vendedor, para completar la compra a su vuelta de Litchou. Ajustóse en carísimo precio haciéndose escritura y todo a escape y sin ir a verlo para no llamar la atención y alborotar (a) la gente de aquella parte. Decíanme que en el monte que entraba en la compra no había sepulcros; mas al irle yo a ver, encontré una porción de ellos, por lo cual me he resistido hasta hoy sin querer soltar dinero mientras no aumenten terreno en compensación del engaño. El vendedor echa la culpa al muchacho que vió el terreno en circuito, y el muchacho al vendedor diciendo que preguntado negó que hubiese sepulcros en aquel trecho donde ahora aparecen. Es el caso que si no acepto este lugar, nos quedaremos sin nada en toda la jurisdicción y sin esperanzas de poder volver a entrar en ella ni en otras; por consiguiente, visto este ejemplo, ¿es, pues, o no provechoso ceder esperando a mejores tiempos? De no hacerlo los cristianos y nosotros tenemos que huir abandonando sus cosechas de maiz, etc. etc.; porque ahora ya no es sólo el mandarín el enemigo, es el pueblo en masa con raras excepciones incitados por los borlados (1) y estudiantes de toda la jurisdicción. Los chi-

(1) Se refiere, como en otra frase muy similar, que poco ha transcribi-

nos cristianos atendiendo a sus intereses quieren que nos quedemos, aunque sea de mala manera y perdiendo. Los paganos y algunos borlados de la ciudad que se dicen amigos (de nuestras chapecas) me aconsejan lo mismo diciendo que después ellos me ayudarán y aun saldrán de testigos para comprar casa en la ciudad con pretexto de la excelente obra del orfanotrofio, y que así podemos volver a introducirnos, etc., que la casa en cuestión dista poco y podrá servirnos para otra cosa; que el caso es radicarnos definitivamente, aunque el sitio sea caro. Ahora los de allí amenazan también con somatenes a pesar de haber sido presos dos cabecillas; de suerte que no sé en qué parará la cosa. En Sesueitien andan también muy alborotados, como verán por la adjunta (1). Ayer les envié una porción de edictos bien escritos, y hoy el mandarín envió satélites a escuchar lo que por allí se dice contra la Iglesia y cristianos, y examinar quiénes sean los instigadores o cabecillas.»

Y en una posdata añade: «Compra de casa realizada ayer 26. Falta que el mandarín suelte las chapecas.»

Y el P. Provicario en fechas que alcanzan hasta el 9 de Septiembre concluye: «Por aquí gracias a Dios, no hay habladurías; al P. Celedonio le dejan más en paz que antes.»

Para consuelo en medio de tanta baraunda sirvan las siguientes frases del sacerdote Junanés, Pablo Tcheun. En una carta recientemente llegada, dice: «Hodie, Deo dante, pax est in hac civitate et in foro Puse (2): qui anno praeterito tanquam canes rabidi persequerentur»

mos, a los no menos odiosos como célebres «literatos» chinos, verdaderos causantes de los atropellos y vejaciones que soportaron durante todo este tiempo tanto los misioneros católicos, como los cristianos.

(1) El P. Benito hace alusión a la carta del amigo y hermano P. Celedonio Martín y que en parte conocen nuestros lectores por habernos dado a conocer algunos párrafos de la misma, páginas arriba.

(2) «Puse» era el lugar de nacimiento de este sacerdote indígena.

tur S. Ecclesiam, omnes sunt puniti physice et moraliter. Primarius persecutor incarceratus est abhinc tribus mensibus. Mandarinus imposuit judicialiter 60 *ligaturas* (1) sapecarum nostris neophitis reddendas pro rebus raptis et ad sanandum sorores meas, quas, uti audistis, crudeliter percusserat propter fidem. Cum ille reus non habeat unde possit hanc summam solvere, forsam ad perennem carcerem damnabitur».

Consuela también el considerar que este año de tanta angustia se han bautizado más acaso que ninguno de los anteriores y otros más se hallan en disposición de bautizarse.

Dénos Dios paz, por quien El es, y que podamos pronto gustar cuán dulce sea el fruto, *ad inventionum nostrarum*, de nuestros sudores y amarguras, especialmente las del P. Luis, que han sido casi sin medida en el discurso de este año.

En Jancou a 16 de Setiembre de 1889.

(1) Unas 190 pesetas de nuestra moneda.